

VARIACIONES SOBRE EL AMOR DE SILVIA KATZ

Teresa Leonardi Herrán

Las acuarelas de Silvia Katz son la contraseña para ingresar a un espacio donde líneas, colores, formas, climas, nos entregan esa promesa de felicidad que es el don de todo arte.



Frente a la opacidad del mundo desencantado, Katz opone estas texturas que oponen el estrecho horizonte de lo banal y nos ubica en las sonantes cartografías pobladas de “luxe, calme et volupté”. En estos trabajos triunfa la voluntad de lo abierto, la pasión por lo indefinido, el juego de la multiplicidad y equivocidad, el nomadismo de las manchas roscharchianas que provocan a la imaginación y vuelven a cada figura un palimpsesto lúdico. Pero los cambiantes y oníricos tropismos de estas acuarelas no implican una fuga de lo real. La pintura de Silvia Katz es solidaria de los destinos terrestres. En esos gestos de adherir a la respiración de lo existente sobresale el jubiloso canto de amor entre la madre y el hijo, tema que atraviesa gran parte de estas obras. En ellas todo se ahueca, se curva, se tensa como flecha amantísima en la espera de la caricia o de la risa cómplice. Ningún hiatus en

este sistema solar del amor materno-filial donde figuran los cromatismos del aire puro, esa antigua inocencia. La mujer y su niño son figuras volcadas tanto hacia el adentro como hacia el afuera, porque si bien su anudarse se inicia en los espacios íntimos,

reclusos, por una feliz inversión rebasa hacia el mundo para drenar sobre él su dilatada emoción.

Es otro el perfil, el dramatismo del universo amoroso de la pareja humana que nos invita ya a su anabasis, ya a su caída. En la búsqueda de claras alianzas, de la transparencia de los corazones, asoman las temidas e inevitables fisuras o la oscuridad del adiós. Frente a la luz del beso que reverbera se ciernen los devenires posibles donde el Uno conocerá el dolor de ser Dos.

Estas acuarelas, en plena dehiscencia, nos regala aquello que nos torna ingrátidos y videntes como niños: la luz y la bellaza. Si algo las define es “su manar tregua y fiesta” como diría el poeta Biagioni. Que estas coéforas de lo invisible encuentre los ojos y las mentes dignos de los frutos que ellas portan.

MALASANGRE DE SILVIA KATZ

Teresa Leonardi Herrán

El sexo y la muerte fueron hasta hace décadas temas tabúes que la sociedad evitaba tratar. El tabú del sexo ha sido ampliamente superado, pero la enfermedad y la muerte todavía pertenecen al universo de lo innombrable. Son los artistas quienes están haciendo caer este último silencio a través de creaciones pictóricas, literarias, fílmicas, escultóricas, que evocan o representan la cara oculta e inevitable de la vida: la muerte.



En esta instalación “Malasangre”, Silvia Katz nos convoca a una mirada que trastorna nuestra subjetividad habituada a productos artísticos que no nos recuerdan mucho lo tanático. Malasangre es una creación que nos golpea, porque en ella se patentizan el dolor, las prácticas médicas, la impotencia ante el fin.

Malasangre es un panfleto, una diatriba, una feroz condena contra lo que muchas veces aceptamos sin criticar: el encarnizamiento médico.

La instalación de Katz erosiona el concepto de que la muerte y el sufrimiento deben quedar fuera del campo de la visibilidad pública, refugiada en el secreto del espacio privado de la casa o en el anonimato del hospital. Pero a diferencia de otros artistas contemporáneos que despliegan esta temática con bastante pudor e impiedad, la obra de Katz desnuda sin morbosidad y con gran ternura y lirismo la verdad de un cuerpo amado próximo al gran viaje.

Nacida del amor, la lucidez y el talento, "Malasangre" merece ser evaluada como un mensaje ético-estético que es posible recoger como un guante que nos desafía a involucrarnos en una causa que aún está en pañales: el de la muerte digna.

Necesario y patético, realista e imaginario, dialogante y misterioso, este "memento mori" nos inquieta y nos inquiere, en suma, nos vuelve más humanos y solidarios.

Agosto de 2008